

## El lema de mi padre Cristobal Romero "El Cuco"

CRISTOBAL ROMERO MORALES

A mi padre nunca le importó que le dijeran el cuco o el cuquillo, ya que este apodo ya le venía de mi abuelo Francisco, y no precisamente porque el cuco sea un pájaro famoso por su inteligencia, sino porque mi padre más que inteligente siempre se ha considerado un trabajador. De hecho, el siempre nos decía a mí y a mis hermanos una frase que para mí es el lema que mejor refleja cómo era mi padre: "No hay nada que una persona se proponga y no pueda llegar a conseguir con trabajo y fuerza de voluntad". Aunque existen multitud de ejemplos muy llamativos y sorprendentes, que podemos encontrar por ejemplo en el libro de los records Guinness, donde cada año se ven superados constantemente los límites que creemos establecidos para el cuerpo humano: desde construir una catedral hasta subir el monte Everest o tirarse desde la estratosfera. Pero este lema, mi padre nos lo enseñó y lo aplicó en los retos y objetivos que se presentan en el día a día de la vida de una persona, tal y como os cuento a continuación de forma resumida.

Mi padre nació en Villardonpardo (Jaén) en 1936. Cuando era sólo un niño, mis abuelos Francisco y Filomena, junto con su hermana pequeña Ana, se trasladaron a Villa del Río donde montaron una pequeña tienda de comestibles en la colonia (actual plaza de España). Fue precisamente allí, jugando de niño en la gran explanada de la colonia, donde conoció a Margarita, una niña que sería posteriormente mi madre. No pudo estudiar bachiller ya que mis abuelos no podían costearle unos estudios y tenía que aportar dinero a la familia. Pero mi padre, que tenía claro que la base para llegar lejos en la vida es una buena educación, se sacó por las noches un curso por correspondencia de contabilidad. Poco después y gracias a este curso, comenzó a trabajar de administrativo en una oficina que había junto a la estación de Renfe de Villa del Río. Y fue antes de irse a la mili cuando se marco otro objetivo tal y como recuerdo que lo contaba: "quería llegar a ser el administrativo de la Cooperativa Olivarera Virgen de la Estrella", precisamente esa que tantas veces había pasado de niño jugando a la pelota y que entonces veía como un sueño que de mayor pudiera dirigir todo lo que allí se hacía. A la edad de 20 años se fue a hacer el servicio militar a Sididni (Sahara Español). Durante dos años en África, además de caérsele casi todo el pelo que tenía también llevo a ser el administrativo del capitán de la compañía. Y a su vuelta a Villa de Río ya lo estaban esperando para trabajar en el puesto de administrativo en la Cooperativa Olivarera. Tras casarse con mi madre, alquilaron una casa en el barrio de las casas nuevas. Con la llegada de los hijos, había cada vez más gastos en la familia y entonces además de su trabajo fijo en la Cooperativa, empezó a tener varios trabajos a la vez: desde vender electrodomésticos de una tienda de Bujalance, hasta impartir clases particulares de contabilidad en casa (algunos de estos estudiantes incluso tenían más estudios que él mismo), hacer seguros y llevar la contabilidad de autóno-



mos y empresas. Concretamente, mi padre vivió en primera plana todo el boom de las empresas de la madera de Villa del Río. Fue el administrativo de Josamper, origen de casi todas las actuales fábricas de sillas y tresillos. Tras el incendio y cierre de Josamper, muchos de sus empleados actuaron de emprendedores y decidieron montar su propia empresa. Pero mi padre prefirió seguir siendo contable, que es lo que siempre había hecho, y trabajar más llevando la contabilidad de todas las nuevas empresas que quisieran y de esta forma no arriesgarse a poder perder más que ganar si no salía bien el tener una fábrica propia. En esta decisión, creo que pudo afectar el hecho que su máximo objetivo era proporcionar un porvenir y una carrera a sus tres hijos, que ya veía crecer en su nueva casa de la plaza de España. Todavía recuerdo las veces que mi padre nos decía que hay que trabajar para llegar a conseguir cualquier cosa en la vida aunque creamos que sea muy difícil o inalcanzable para nosotros. Como por ejemplo cuando teníamos mucho que estudiar y nos agobiábamos en bachiller y entonces veíamos imposible llegar a poder sacarnos algún día una carrera universitaria. De hecho, ni yo ni mis dos hermanos podíamos pensar entonces que años más tarde y gracias a ese trabajo y esfuerzo llegaríamos a ser médico, director de banco o profesor de universidad. Qué razón tenía cuando nos decía que con esfuerzo y trabajo no hay quien pueda con una persona, bueno, excepto que todos tenemos que morirnos algún día. Y mi padre murió, hace ya cuatro años, a la edad de 71 años, pero trabajando y luchando hasta el último día de su vida y así lo recordaré y se lo haré recordar a mis hijos.